

FLORES CORDIALES

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940



BIBLIOTECA MUNICIPAL



MADRID

PEPITA SEVILLA

Se publica los domingos.

15 céntimos.

FABRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

Madrid, calle de Fuencarral, 27.

REMONTOIR

18 líneas, extraplano, gran moda, máquina fina de áncora, montada en centros de piedra; esfera de metal dorada ó plateada.



La casa COPPEL garantiza la buena marcha de todos sus relojes acompañando á cada uno su CERTIFICADO DE GARANTIA

A PLAZOS

Al personal de la guardia civil y carabineros se les pasa cargo en cuatro plazos.

TALLER DE COMPOSTURAS

REMESAS A PROVINCIAS

- Núm. 5.708.—Oro de ley, 18 kilat., 115 ptas.
 * 5.705.—Plata, mate ó brillo, 50 ptas.
 * 5.704.—Acero, 45 ptas.

Pídanse detalles y prospectos á la casa

COPPEL

ANTRACITA

PRECIADOS, NÚM. 24. MADRID

Establecimiento de carbones minerales de todas clases; el más surtido y económico.

PEDID NOTA DE PRECIOS

Se facilitan postales para hacer los pedidos.

ENVIOS A PROVINCIAS

PRECIADOS, núm. 24 (Frente á Capellanes)

LOS MEJORES DE ESPAÑA

PRODUCTOS

REFRACTARIOS

Joaquín Pardo.

Fábrica

PACÍFICO, 12. — MADRID

RESISTEN ALTAS TEMPERATURAS

NO CONTRAEN

SON MUY FUERTES

COLEGIO HISPANO

1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y especiales.

Magníficos resultados en las últimas convocatorias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

BARCO, 21, 2.^o

Próximas convocatorias para Telégrafos y Policía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civiles, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

BARCO, 21, 2.^o (esquina á la Puebla).

Flores Cordiales

Redacción y Administra-
ción: San Anarés, 19.

SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Un año..... 5,50 »
Extranjero, un año 9 francos.

PAGO ADELANTADO

==== Apartado de Co-
rrreos, número 48. =====

DIRECTOR: GONZALO DE QUIRÓS

MI PARÁCLETO



Parece ser que con la asendereada ley de Administración local, de la que ya estamos los españoles hasta la mismísima coronilla, va á acabarse y extinguirse una noble, alta y venerable institución española: la del alcalde de monterilla, digno sucesor del señor feudal de antaño. Yo

creo honradamente que con cada institución de estas castizas y netas que nos destruyen le arrebatan al país un alón del alma, con lo que vamos quedando convertidos en unos avechuchos desplumados, incapaces de todo vuelo.

No se concibe la vida española, ni en la aldea ni en la corte, sin alcaldes que nos chinchorreen. En Madrid padecemos todavía al alcalde primero, al teniente alcalde y al alcalde de barrio, tan señores de horca y cuchillo como el alcalde lugareño y el alcalde pedáneo, que en esas provincias de Dios hacen mangas y capirotos de las leyes de la nación y de los dineros del vecindario.

Y eso que en materia de alcaldes hemos venido muy á menos. A principios del siglo pasado era rica y espléndida la variedad de alcaldes que poseíamos: alcaldes de alamin, de alzadas, de casa, corte y rastro, del crimen, de la hermandad, de la mesta, de la quadra, de noche, de obras y bosques, de cuadrilla, de sacas; alcaldes entregador, mayor, ordinario, pedáneo... Toda España era alcaldes y nuestra política interior y exterior una alcaldada sin ejemplar en la Historia. ¡Y en esa lista falta el más auténtico y genuino de nuestros alcaldes! El bautizado por el pueblo con el gráfico nombre de *monterilla*, viva encarnación del espíritu de la raza, que, por serlo, pudo existir y mantenerse su personalidad por encima del absolutismo y del constitucionalismo, de la teocracia y de la democracia.

Por ser de todo y por serlo todo, el alcalde ha sido en España hasta musa providente. Desde Lope, que escribió *El mejor alcalde el rey*, y Calderón, autor del asombroso *Alcalde de Zalamea*, hasta Don Ramón de la Cruz, que nos dió *El alcalde jus-*

ticiero, *El alcalde Juan Zurrón*, *El alcalde de la aldea*, *El alcalde toreador* y *El alcalde proyectista*, nuestra literatura, grande y chica, buena y mala, es una desacordada greguería de alcaldes que ensordece y un zamarreo de alcaldes que espanta.

El último alcalde del régimen absolutista fué, sin duda, el alcalde de Móstoles, á quien ahora vamos á glorificar por su estupenda alcaldada. A poco nació el monterilla del nuevo régimen en un artículo de la Constitución del 12 que mandó elegirlos por medio de compromisarios, como si fuesen senadores á toda renta.

Desde entonces, todas las luchas políticas han comenzado en los chanchullos de estos alcaldes y han acabado dando de cachiporras á los mismos monterillas, pagándoles á patadas sus buenos servicios. En 1824 se confía su nombramiento á las Audiencias; en 1835, vuelta á la elección popular; en 1845, otra vuelta en sentido contrario; en 1855, se les mete en la ley de Enjuiciamiento civil; más tarde son designados entre los concejales elegidos por sufragio restringido, y luego, por sufragio universal, excepto en Madrid y Barcelona, donde el Gobierno, oficiando de monterilla mayor del reino, nombra alcalde á quien le da la real gana.

El monterilla suele ser un animal delicioso. Desde aquel famoso de Dos Hermanas (Sevilla), que al proclamarse en España la República mandó al pregonero recorrer el pueblo á tambor batiente enterando á los vecinos de que quedaba prohibido en aquel término municipal el Concilio de Trento, con todas sus consecuencias, hasta el monterilla guasón retratado hermosamente en los célebres versos, hay por escribir la más original y estupenda bibliografía y el más gracioso estudio folklórico que erudito alguno ha podido soñar.

Al aprobar la nueva ley de Administración local, el Parlamento debiera abrir un concurso para premiar la obra admirable en que se reuniera cuanto el ingenio español ha producido sobre los alcaldes y contra los alcaldes, aquí donde todos tenemos dentro algo de monterillas y donde todos somos monterillas del que cogemos bajo nuestra autoridad, en el hogar, en la oficina, en el taller ó en el negocio.

Dionisio PÉREZ.

MORGAN POR SAN PABLO

He leído que el Gobierno español, secundando un mandato de nuestra Santa Madre Iglesia, para marchar de acuerdo, ha dictado una disposición declarando la invalidez de los *matrimonios por sorpresa*.

Yo no soy sospechoso. Todo aquel que me haya oído ó leído, sabe que caigo siempre del lado de la ley escrita, como Sagasta caía del lado de la libertad, sin que esto quiera decir que me parezca siempre bien la ley escrita, ni mucho menos que bien, como me ocurre en este caso.

El matrimonio por sorpresa era una válvula moral que tenía el amor confinado, y de no haber existido, hubiera sido preciso inventarla para que se escapasen por ella las pasiones impetuosas, sin hacer explosión.

No debe de ser este el criterio de los doctores de la Iglesia, por cuanto han cerrado herméticamente la válvula, creyendo evitar, con grave error á pesar de ser doctores, que el amor busque sus desahogos con la fuerza brutal de expansión que le caracteriza desde los tiempos de Adán hasta nuestros días y días venideros.

El amor admite los obstáculos y tolera las trabas, por darse la satisfacción de luchar y vencer; pero rompe todas las cadenas que quieren sujetarle ó aherrarle de por vida.

Cupido es el dios de la libertad de dos seres que se aman, porque para eso los ata él de modo que no puedan soltarse ni evadirse, y ¡ay del insensato que quiera por la ley ó por la fuerza contrarrestar su influencia ó despojarle de sus derechos de dios!

Si. Toda persona que intente menospreciar esta influencia caerá vencida, y probablemente deshonrada.

Basta de preámbulo.

El caso es que, de hoy más, todos aquellos enamorados que antes se saltaban á la torera las conveniencias sociales, pero apoyando las manos en la legalidad, ahora se la saltarán sin punto de apoyo.

Quiero decir que aquellas parejitas que iban á prosternarse ante el trono de Dios para recibir la bendición que había de unirles, por la acción de un padre cura, irán ahora á cualquier templo de Venus á consagrar su pasión bajo el manto tutelar de una tía, y, esto no tiene cura... aunque generalmente tiene padre.

De aquí creo yo que parte el error de los doctores de la Iglesia, que cierran de golpe y echan el cerrojo á la puerta del Sacramento que antes la tenía entornada para que se fueran colando los que no podían mandarla abrir de par en par, por torpes ó razonadas hostilidades de familia; por lo común, torpes.

La Epístola de San Pablo ha quedado virtualmente derrotada por la *doctrina de Morgan*, porque digo yo que será doctrina de Morgan esa por la cual se hacen los *matrimonios morganáticos*.

La nueva disposición canónico-civil viene á facilitar mucho ciertas resoluciones entre los enamorados que padecen oposición.

Indudablemente, debía de ser muy violento para una señorita honesta y de moralidad intachable

eso de dar un escándalo *casándose por sorpresa*, puesto que es un asunto de que se ocupan todos los diarios de la localidad donde se verifica el matrimonio. Ahora no hay caso de escándalo: ahora pueden consumar el matrimonio—decidida á la violencia—sin que se entere nadie, y eso va ganando la moral en su aspecto externo.

El tiempo que invertía antes una señorita en ir á *casarse por sorpresa*, lo invertirá ahora en ir á *sorprenderse ella* de lo que es casarse... Por mucho que sepan, siempre hay algo que las sorprende.

Luego de consumado el matrimonio, volverá al hogar de donde se fugó y dirá á la familia:

—Acabo de *casarme en secreto* con Fulano; pero no os atemoriceis porque no se han enterado ni las ratas.

Ante esta noticia, la familia se reunirá en consejo, y por salvar el honor acordará legalizar la situación de los *contrayentes misteriosos*.

Lo único que puede ocurrir es que cuando notifiquen á Fulano el acuerdo recaído, se arranque diciendo:

—No, no, si tenían ustedes razón de no dejarme casar, porque es el caso que esta señorita no resulta en la intimidad como yo me imaginaba.

Y la señorita se quedará tan soltera, y tan... *casada*.

Esto es lo que habrán conseguido los doctores intransigentes de la Iglesia, los mantenedores del orden social y los moralistas de dublé: cerrar las puertas á un sacramento y abrirlas á un pecado mortal.

Después de todo, á nosotros no nos queda más remedio que agradecerse.

¡Morgan con todos!

Félix MÉNDEZ.

TUS MANOS

Son tan diminutas que huyen de la vista
como dos secretos.
Las confeccionaron con finos buriles
manos de maestros,
mezclando con arte nácarés y rosas
al hacer sus dedos.
Quisiera ser niño, quisiera ser niño
para que con ellos
rizases sortijas en mi cabellera.
¡Ya no soy pequeño!
Ya pasó mi infancia, dejándome sólo
un débil recuerdo
igual á la estela perfumada, tenue,
que recuerda un beso.
Como no es posible que vuelva á edad tierna,
quisiera ser viejo
para que tus manos de nácar, piadosas,
me dieran consuelo;
pero aún falta mucho y cuando se espera
corre poco el tiempo.
De que esas manitas me hagan mil carifios
es tal mi deseo
que por conseguirlo sería muy malo,
sería perverso
como no lo es nadie, si me prometieran
los jueces severos
tus dos filigranas de nácar y rosa
por grillos eternos...

Germán GONZÁLEZ DE ZAVALA

CLEOPATRA ARGELINA

Cleopatra, la bella Cleo, como la llaman sus íntimos, se ve asediada por un vejete, un ricachón célebre por sus aventurillas galantes, que quiere casarse con ella á todo trance.

El pobre hombre está locamente enamorado de los ojos de la Cleo, unos ojos grandes, habladores, de mirares que acarician nerviosamente.

Pero la sugestiva bailarina, reina del «tango» y del «garrotín» que danza con refinada voluptuosidad, no quiere casarse; desea un hombre joven, guapo y con dinero, tres cualidades algo difíciles de reunir. Está ya harta de viejos con dinero y de jóvenes sin él.

Ella no cree en el amor. «Es muy bueno—dice—pero acostumbra á ser muy pobre, y lo que yo deseo es *dinego*, mucho *dinego*». ¡Hermosa y sincera confesión del positivismo triunfante!

Además, es amante de la libertad y del capricho; no quiere subyugarse á ningún hombre, que son unos tiranos, según ella.

La bella Cleo es popular en Barcelona; es la reina de los music-halls. Cuando baila su tango favorito con las voluptuosas cadencias con que sabe ella adornarlo, la galería, el pueblo, ruge, y ella, entonces satisfecha de la impresión que causa, balancea las manos, agita el pecho y remueve el cuerpo crispando las caderas.

La Barcelona de los cafés-conciertos sin la hermosa argelina, no se comprende; es la diosa de la gente alegre, es la khrysis de las aventuras galantes.

En Portugal chifló al duque de Oporto, hermano del muy obeso Don Carlos, cuya sangre real se enardecía viendo bailar á la bella Cleo.

El enamorado príncipe quería ponerle un *principal*, pero ella se hacía la remolona, se sentía señorita, como afirma ruborosamente.

Dos veces estuvo en el palacio real á tomar el te con Don Alfonso.

—¿Nada más á tomar el te?—le preguntamos.

—Nada más; puede usted creerlo... Yo pasaba en Lisboa como una señorita.

¿Qué entenderá la hermosa Cleopatra por señorita?

Una de las veces que estaba en palacio regresaron inesperadamente Sus Majestades, y ella tuvo que esconderse por temor á un escándalo, y tal vez por temor á los ímpetus de la sin par Amelia.

El duque de Oporto, siempre galante, siempre enamorado, le mandaba todos los días un descomunal ramo de flores, al que acompañaba una apasionada cartita. Nosotros hemos leído alguna de las misivas del buen portugués, y á fe que nos ha sorprendido la fogosidad de las mismas. Valiente *gachó* está Don Alfonso!

El dueño de la *pensión* donde se hospedaba Cleopatra estaba perdidamente

enamorado de ella, y sufría horriblemente cada vez que tenía que entregar su tormento las amorosas cartitas de su príncipe.

La Cleo consolaba al enamorado fondista prometiéndole casarse con él á su regreso de España, donde iba á vender sus haciendas (?), y el pobre hombre, benévolo, infeliz y generoso, no quiso cobrarle el hospedaje.

Cleopatra no ha vuelto á Lisboa, ni volverá, seguramente.

El duque de Oporto quedóse sin la Cleo, y el fondista sin ella y sin el importe de la *pensión*, cosa que *cleo* no le gustó mucho.

La historia de la popular bailarina es una bella historia

Sus admiradores son muchos; algunos han enloquecido de amor, otros se han arruinado; otros, los más, han sido felices con ella.

Y en tanto, lector amigo, que el vejete rico y baboso le sigue para casarse, ella le sonríe amorosa y le pide alhajas y vestidos... que él paga cariñosamente.

Juan M. SOLER

Barcelona, 22 Enero 1908.





Vosotros ya conocéis á Pepita Sevilla.

Ojos melosos, muy despiertos; cara vironda de líneas andaluzas, aire de la tierra, buen modelado, ceceo dulce, saliente apetitoso, entrante provocador de grácil serpeo, como criada á los pechos de Terpsicore.

—¿Cuándo podré visitarla á usted?—le pregunté.

—Mañana mismo—, contestó.

Y allá fui, calle de...

No quiero que sepáis las señas ni ella tampoco. Muñoz Torrero, 7, principal, se vería entonces asediada de admiradores y de rinocerontes glaucos que irían á gastar la saliva y á estropearse las pestañas.

—Adiós, reina de Sierra Morena—, la espeté apenas entró en la amplia sala de recibir.

Pepita rió el trabucazo á lo Niño de Eciija, y tendió la mano suave, que estreché sin preocupaciones.

—Como acabamos de llegar de viaje anda todo revuelto...

Efectivamente: sombreros aquí, vestidos allá, gasas al otro lado...

Cien Pepitas asomaron á la vez.

Recorrí la hermosa colección de fotografías que sacó la linda muchacha, y sin saber cuál escoger, perdido el gusto á la vista de tanta postura, de tanto bello gesto, opté al cabo por la que se reproduce en esta página.

Luego esperé sus confesiones.

Oídlas, son interesantes.

—Pues yo —comenzó— estuve trabajando, hace pocos meses, en el Teatro Embaxader, de París...

Mi pensamiento atravesó la frontera. Vi á diez mil franceses perdida la cabeza.

La interrumpí:

—Los *garçons* de pequeño calibre y los *musiús* de alta trompa se volverían locos.

—Regular—, siguió Pepita, contoneando satisfecha el cuello desnudo.

—*Avanti*.

—Después me trasladé á Cartagena, coliseo de Actualidades. A la semana escasa, un minero rico se empeñó en que me casara con él. A mí no me gustaba, y le rechacé. Insistió, y nada. El mes entero que he permanecido en Cartagena no dejó de hacer el oso.

—Claro, el tío minero creyó haber descubierto un filón.

—Al salir de la ciudad respiré. Ya en el tren, empezaba á gozar de la libertad, lejos de aquel hombre que me traía asada, cuando al parar en la estación de Alcantarilla veo abrirse la portezuela y pe-

netrar violentamente al minero en el departamento que ocupábamos mi madre y yo. Reiteró sus súplicas, y al convencerse de que eran inútiles sacó un revólver y apuntó... No sé por dónde salté al andén pidiendo auxilio. Se aglomeró la gente, vino la Guardia civil y se llevaron al tenaz pretendiente.

—Quizá haya perdido usted su felicidad.

—¡Quia! Siempre he aspirado á la independéncia, y el matrimonio... ¡lagarto, lagarto! Además, voy á abandonar el mundo.

—¿Se muere usted?

—No... Crueldades, desengaños, me empujan al claustro.



Al escucharla abrí la boca, agarré un edredón que había cerca y, turulato, sin darme cuenta, me puse á chuparlo.

—¡Tú, usted, vucencia, al convento! Que avisen al cerrajero de la esquina y venga á apretar unos tornillos que están flojos.

—Tengo contrato para Barcelona, y al terminarlo decidiré.

Resolví marcharme antes de que, lelo de asombro, me diera por morderle la cola al gato.

—Buona sera,—exclamé, tomando la puerta de mal humor.

Ya en la vía pública, reflexioné sobre la ley del contraste, tan inalterable como la de la gravedad, que es precisamente la recta que une los extremos opuestos.

Y murmuré:

—Después de todo, es posible que Pepita redimiera de la tristeza á pobres almas cautivas del voto soltando entre ocho partes de rosario cuatro golpes bien dados de *matchicha*...

Gonzalo DE QUIRÓS.

REGALOS A LOS SUSCRIPTORES

Respondiendo á la ayuda que los lectores prestan á FLORES CORDIALES, para el próximo Febrero hemos concertado un plan por el cual regalamos CIENTO VEINTE RELOJES de los que anunciamos en última plana y que adquiriremos de la casa constructora, á cuantos figuren suscriptos en 1.º de Febrero.

Los abonados desde esa fecha tendrán derecho á veinte ó treinta números, según resulte de la distribución que hagamos, los cuales les serán remitidos al extenderles el recibo, y los premios corresponderán á los mayores de la Lotería Nacional.

**

A todo el que pague adelantado cuatro semestres de suscripción sin descuento, es decir, DOCE PESETAS, regala FLORES CORDIALES un reloj de pared de los mencionados.

CARTA SIN SOBRE

Apresiable Encarnación:
ahí te mando esa misiva
en manuscrito, pa icirte
que pienso en ti noche y día,
y de no verte á mi lao
y no mirarme en las niñas
de esas estrellas der sielo
que Dios te puso en la fila,
me he quedao como un churro
y me mata la isterisia.

Der ricuerdo de mi Encarna
tengo la chola yenita,
y oún me paise que te veo
á mi lao como en Zevilla
disiéndote frases durses,
viendo esa cara bonita,
y acetando los orsequios
con que tú me destenguías.

¡Mardita sea mi suerte,
y la dichosa melisia
que quita las afeciones,
y le roba á uno la vial
No pienses tú que te orvio
porque yo á tu presonilla,
te tengo muchos quererres
pa jaserle una partia
serrana: toos mis piasos
son pa ti cacho é riliquia,
y en cuanti mos ajuntemos
—como espero, gitanilla—,
tu jas de ser mi surtana
la que me mande y me diga:

tirate ar Guadarquevir,
pa tirarme endeseguía
manque me arremoje too;
y te llevaré en parmitas
y te quedré más que á naide
y te mercaré unas ligas
colorás pa que las luzgas,
pus me traje las medias;
y si tienes un antojo
y tu estao lo atestigua,
me quearé sin fumar
(como estoy hace seis días),
pa azquirirte lo que quieras,
pus too lo mereces, nincha.

Como yo soy un güen tipo
—y no es porque yo lo diga—
me han salio proporsiones
que las despresio enseguía,
pues te quiero como un asno
y no te farto en la vía
manque de selos se muerdan
las donsellas de la Villa.

Aquí no se pasa mal,
pus la gente de melisia
tiene muchismo partio
y es siempre bien resibia.

A la fuente de la Teja
que es una cosa manífica,
solemos dir los domingos
cuatro de mi compañia,
y allí se baila y se toca
lo que se pué. El otro día

nos columpiemos con dos
donsellas, que son amigas
de mi primo el asistente,
y una por poco agomita.

Estaba tan mareá
der vaivién la probesilla
que si no se agarra á mí
de seguro que se priva.

Luego bailemos un chotis
agarrao, como se estila,
y merendemos torraos,
castañas y longaniza.

Pero como tu recuerdo
no me deja y me asesia,
apenas pobré bocaó,
que buena farta me hasía.

Hoy no pueo ser más largo,
escribeme endeseguía
disiéndome arguna cosa
que me endure estas fatigas,

Te agradeceré en finito
—y perdóname arma mía—
que me envíes cuando pueas
dies ó dose cajetillas
pus no estoy pa ná... Expresiones
á tu madre y tu tía,
y tú recibe mir órsculos
y un beso en ambas mejillas
de tu novio que lo es,

POLICARPO REBUGINA.

Por la copia,

José DOZ DE LA ROSA

Una artista sobrina del Papa.

Nada más original que esta hermosa Clara, medita hace cinco días por las puertas de París.

Se llama Sarto de apellido y es sobrina carnal del santo varón que hoy ocupa la silla pontifical en Roma.

Pío X puede enorgullecerse de ser tío de Clara.



Bonita, de ojos serenos, como los lagos de Venecia que mecieron su infancia, Clara nació para el arte, y al arte se consagra, elegida de Dios, del mismo modo que Dios señaló sucesor de Pedro al beatífico Padre de los fieles.

El hoy director de la Cristiandad quiso que Clara se consagrara al recogimiento del claustro, y Clara entró en un convento de Venecia á los quince años.

Allí aprendió música, siendo el ombro de las hermanas, que se extasiaban ante los progresos de la novicia.

Pero á medida que la inteligencia despertaba, el espíritu de Clara mostrábase rebelde á la pérdida de la libertad, logrando, al cabo de no pocas maquinaciones de criatura audaz y soñadora, romper las cadenas del encierro.

Sola á las veinte primaveras, sin el amparo de

los parientes, que le retiraron el cariño y el apoyo, se vió obligada á dar lecciones de piano.

Después se dedicó al canto y, finalmente, á celebrar conciertos, que le han proporcionado justísimos triunfos.

Al anuncio de que Clara Sarto, rama legítima de Pío X, se presentaba al público de París, precedida de gran fama, se llenaron hasta los rincones del teatro de la Opera.

Hay magia en sus dedos, blancos y lindos, recorriendo el teclado, y hay melodías de ángel del coro del Señor en aquella garganta de serafín hecho á gusto completo del Creador.

Es tan bella cual honesta, y tan honesta cual profesional.

Su candor adormece, y las notas que gimen saliendo del Pleyel refrenan toda pasión extraña.

Madrid la verá pronto: á mediados de Mayo.

La curia romana ha trabajado lo indecible por arrancar á Clara á la exhibición. Inútil.

No hay materia de culpa interpretando á Mozart, á Wagner, á Rossini, y las gestiones del virtuoso Pío X resultaron estériles.

Ya la veréis ahí, y será un acontecimiento.

Y al contemplarla, y al oír su voz y escuchar de qué modo ejecuta las producciones del genio, me diréis lo que hubiera perdido el mundo cortándole el pelo á la divina Clara, vistiéndose hábitos y emparedándola, privada de la luz del sol...

LUIS.

París 22 Enero 1908.

LA FIESTA DE SAN CORNELIO

I

En un pueblo cuyo nombre no pude hallar en el mapa por más que dicen algunos que debe estar en España, para el patrón San Cornelio una función preparaban con procesión y novillos bailes, fuegos y cucañas.

Según costumbre ya antigua, que fielmente se observaba, era el Santo conducido por las mujeres casadas, que en la procesión solemne iban con fe pura y santa, pues así ganar podían una indulgencia plenaria.

Pues fué el caso que el Concejo á un predicador de fama encargó para aquél día el panegirico ó plática.

Quiso el cura hacer efecto y conseguir mayor paga, y así comenzó el discurso

que absorto el pueblo escuchaba.

—Amados oyentes míos,
atended con fe cristiana
lo que el Santo ayer me dijo
cuando mi sermón pensaba:

«A la mujer que á su esposo
traidoramente engañara
la saldrá, cuando me lleve,
una joroba en la espalda.»

II

Llegó la tarde; á la iglesia
viudas y mozas llegaban,
y de casadas tan solo
se iba notando la falta.

El Santo de flores lleno
y entre velitas rizadas
esperando está, sumiso,
que le lleven y le traigan;
los mozos junto á la ermita
quemán luces de bengala.

Ya está el cura revestido,
los cofrades con sus hachas,
con la manga el sacristán...
el alcalde con su vara

—¿Y las casadas, no vienen?
—Ninguna salió de casa.
Y el cura que ya conoce
los puntos que todas calzan,
exclamó mirando al cielo

y con gran pena en el alma:
—¡Gracias ¡oh! Santo bendito
por librarnos de esta plaga
para que no haya en el pueblo
tanta mujer jorobada!
Es mejor que se suspenda
la procesión y no salga
y que suelten los novillos,
ya que hay tantos, por desgracia...

III

Hubo corrida, hubo bailes,
y música y fogaratas
y el santo quedó en la ermita
por no haber quien lo llevara

Juan REDONDO Y MENDUINA

LOS INVENTORES

Los inventores tienen su mundo aparte; como seres privilegiados, viven en otra esfera superior á la de los demás mortales que sujetos á las terrestres pequeñeces de la vida abrimos la boca ante el portentoso genio de los que crean algo nuevo, algo que viene siempre á llenar un vacío, empezando por llenar el estómago del inventor.

Por muchas quiebras y disgustos que produzca, el oficio de inventor es de tan pingües rendimientos que atrae muchos aficionados á lo ajeno: hacer fortuna rápida y poco trabajosamente ha sido siempre uno de los más altruistas ideales de la humanidad.

Los panegiristas del oficio dicen: ¿Os acordáis del *cri-cri* aquel juguetillo que estuvo en boga cuando Ducazcal era empresario universal y Maura comenzaba sus lecciones de acuarela? Pues su inventor ganó veinte mil duros explotando el molesto ruido del juguete.

Y si de lo pequeño y ruin pasamos á lo grande, Nobel, el gran Nobel, inventor de la dinamita, ¿cuánto no habrá ganado explotando las explosiones de la dinamita que inventó para contento de anarquistas rusos y desesperación de los gobernadores de Barcelona?

Singer, el de las máquinas de coser, Edison, Fulton y mil más se hicieron poderosos: el oficio no puede ser mejor.

Por eso un compatriota nuestro, allá por los años en que aún teníamos colonias, vino de una de ellas con un gran invento que le dió en España mucho dinero, á pesar de cederse secretamente porque destruía las industrias pesqueras. Aquel notable inventor había inventado unos polvos para hacer sardinas: una caja del diámetro de las de píldoras daba hasta una docena de boquerones, que dejándolos un ratito en la jofaina, se convertían en hermosos arenques; en el caso más favorable, como dice la lotería de Hamburgo, en soberbias lubinas. Con aquellos polvos, cualquier ciudadano pacífico podía pescar una merluza sin apartarse de la palanquilla doméstica.

Muchos madrileños, gente aficionada á pescar,

mordieron el anzuelo de comprar los admirables polvos, y el inventor desapareció de escena llevándose una buena red de pesetas.

Algo parecido, pero más dignamente ejecutado ha hecho el ingeniero francés Lemoine, inventor de los brillantes: con dinero de un honrado negociante en piedras preciosas que no gana al año más que la futesa de doscientos millones, el inventor edificó una fábrica y comenzó á dar á luz brillantitos como garbanzos de puchero de albañil; pero como la cosecha era poco abundante en relación con la semilla que se pedía continuamente al negociante, éste denunció por estafa al inventor, y á estas fechas aún no se sabe si el invento es ó no tan seguro y cierto como los polvos para hacer sardinas.

Y ¡cuántos inventores ignorados suspiran por un Mecenas que les ayude en los primeros gastos! Quién tiene el secreto de un explosivo que destruye todas las escuadras del mundo sin más que un queño aparato colocado en el despacho del ministro de Marina; quién ha dado con la dirección de los globos que al mismo tiempo pueden ser submarinos y subterráneos y andar por el aire, por la tierra y por el agua; éste aprovecha las ondas hertzianas para la propagación de las especies animales; aquél cura todas las dolencias corporales con la luz, con la música ó con las cosquillas, que son más antiguas que el masaje y mucho más alegres.

Verdaderamente, si todos los hombres egoístas que se dedican sólo á cobrar su cupón prestaran sus fortunas á todos los inventores, el mundo sería ya una maravilla. De un suscriptor sabemos que á fuerza de desentrañar la química orgánica é inorgánica ha descubierto el secreto de fabricar toda clase de aguas naturales: La de Loeches, Mondariz, Vichy, Carlsbad, la Bourboul, Panticosa, Archeda, Alhama, todas las más célebres, las más eficaces salen de sus retortas con las mismas ó mejores propiedades curativas.

Fáltanle medios para elaborar en grande escala y necesita un sindicato, un socio capitalista. Garantías no pueden ser más evidentes: está dispuesto á todo, incluso á que le vean hacer aguas.

¡Oh, qué inventores estos!

Luis BERMUDEZ DE CASTRO.



DON MIGUEL MOYA

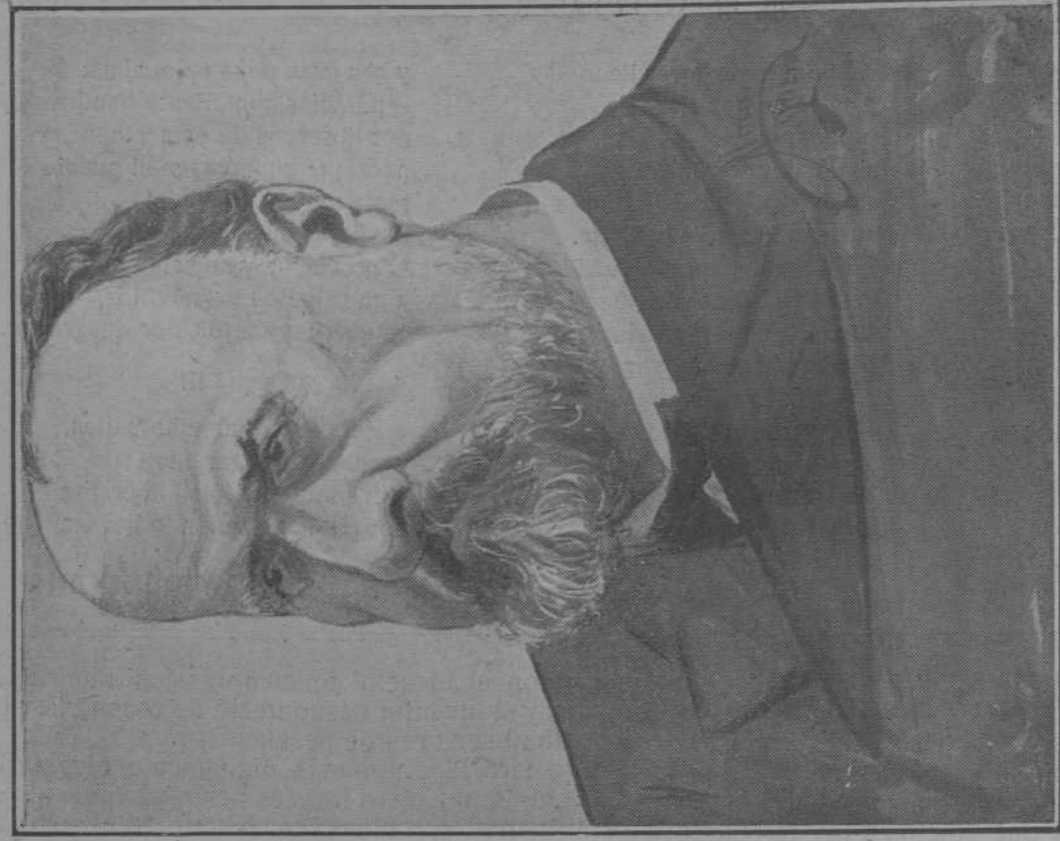
Lector: ¿Qué he de decirte de Moya, don Miguel? ¿Que fué por muchos años alma de *El Liberal*?... ¿Que es hombre de envidiable vigor intelectual, de espíritu sin tacha, de corazón sin hiel?...

¿Qué puedo yo decirte, que tú no sepas de él? Ya viendo estás su físico, y, en cuanto á su moral, te juro que es su pecho algo como un panal, en donde toda abeja puede labrar su miel.

Sus admirables dotes envidian más de mil farsantes que se adornan con pedrería *futi*, y, al verte en el pináculo, en plena edad viril —gracias á lo flexible de su ingenio sutil—, le ladrar cual los canes ladrar al cielo azul... ¿mas qué le importa al astro la baba del reptil?

DON JOSÉ ORTEGA MUNILLA

¿Qué decirte de Ortega Munilla, don José, que tú—lector cultísimo—no sepas también ya? No existe, ni ha existido, ni existirá quizá



FIGURAS DE LA SOCIEDAD EDITORIAL DE ESPAÑA

quien pueda aventajarle ni en ilusión ni en fe... De él sabes, de seguro, tanto como yo sé. La gloria de su fama le sobrevivirá.

Yo, de mi, sé decirte, que siempre le admiré. Y ocurrirá á los otros lo que me ocurre á mí. De hacerse un plebiscito, muchos darán el *si*: pocos—tal vez ninguno—pronunciarán el *no*.

Porque es don José Ortega Munilla hombre de pro; y lo que nos parece de él á mí cual á ti, lo piensan otros muchos igual que tú y que yo.

DON ANTONIO SACRISTÁN

¿Qué decirte de don Antonio Sacristán, que tú—lector—no sepas igual que yo también?... Es Sacristán un hombre que todo lo hace bien: un artículo, un diario de los que nombre dan... Pocos sus aptitudes rentísticas tendrán...

Lo mismo hace un periódico, que funda un almacén, que escribe un libro. Es hombre don Antonio, de quien puede alabarse todo sin miedo al «qué dirán».

No me ciega el afecto hacia él, ni la pasión,

al decir lo que digo de Sacristán... En fin; cuanto mis labios dicen, lo dicta el corazón. Ya España le conoce de uno al otro confín; y yo, á los que me tachen de ser un «servilón», les contestaré, como los chulos: «A mí ¡pínti!»

DON JOSÉ GASSET

¿Qué, en fin, he de decir de don José Gasset, quien, con Moya y Ortega Munilla y Sacristán, dirige el *trust* y es hombre tan entendido y tan práctico en ello como en *pastales* Moret?

Yo os juro, por los hijos de Sem. Cam y Jatet, que pocos en tal arte le sobrepujarán: pedidle «un buen periódico», y al punto os hará el plan de gastos y de ingresos, y os dictará el *budget*.

Con estos cuatro nombres—de quienes la opinión bien puede formar juicio con toda exactitud, ya que no son producto de una improvisación—la *Editorial de España* tiene su salvación asegurada, y nadie discute la virtud de los tres *rotativos* de gran circulación.

Carlos MIRANDA.



EL CELOSO MORALISTA

(CUENTO ESCENICO)

ACTO PRIMERO

LUISA.—(*Modistilla bonita y pinturera.*) ¡Las siete y media y sin llegar! Esta noche ya no viene...

DON PEDRO DEL MORAL.—(*Grueso, tipo de burgués, satisfecho y bien cuidado; de aspecto bonachón, demasiado bonachón y venerable. A la modistilla.*) ¿Señorita?...

LUISA.—(*Sorprendida y molesta.*) ¡Haga usted el favor de retirarse!... (*Como quien suelta una bofetada con la boca.*) ¡Estoy esperando a mi novio!

DON PEDRO.—(*Sin inmutarse.*) ¿A Pepe? A hablarle de él vengo precisamente...

LUISA.—(*Alarmada.*) ¿Está enfermo?... ¿Es usted amigo suyo?

DON PEDRO.—(*Sin contestar a las preguntas.*) Vengo a decirle que hoy no puede venir...

LUISA.—¿Cómo? ¿Qué le ocurre? ¿Está malo?

DON PEDRO.—(*Con indescriptible cara de hombre de bien.*) (Señorita, yo siento mucho el dolor que voy a causarla a usted...

LUISA.—(*Casi llorando.*) ¿Está muy grave?

DON PEDRO.—Peor... Y perdone usted lo crudo de la revelación que voy a hacerle...

LUISA.—(*Pálida.*) ¿Está... muerto?...

DON PEDRO.—Peor... para usted...

LUISA.—¿Qué me dice usted?... ¿Qué?...

DON PEDRO.—Seré usted y escúcheme. Hace cerca de un mes que les he visto a ustedes pasar por aquí, juntos; él, con aire de conquistador desalmado; usted con cara de enamorada perdida... Es decir, a punto de perderse...

LUISA.—¿De perderme?

DON PEDRO.—Sí, señorita... Yo pude, por medio de un anónimo, advertirla a usted el grave peligro que corría...

LUISA.—(*Sobresaltadísima y nerviosa.*) ¿Peligro?

DON PEDRO.—Pero ese medio repugnaba a mi honradez, me parecía cobarde e inmoral... Yo soy de los que dan siempre la cara... En quince años que llevo de comercio, jamás he tenido que arrepentirme de acto alguno... Los cuarenta mil duros. (*Recalcando*); los cuarenta mil duros que constituyen mis ahorros, son honradamente ganados...

LUISA.—Pero eso...

DON PEDRO.—Sí; tiene que ver con el objeto que me movió a molestarla... Lo he dicho para que me comprenda usted... Yo soy, en punto a cuestiones de moral, inexorable... Yo doy siempre la cara... Yo no engaño a nadie, como su novio...

LUISA.—¿Qué dice usted?

DON PEDRO.—Entiéndalo usted: yo no engaño a nadie... Engañar es inmoral... Y engañar a una joven como usted, cuya única fortuna consiste en su honra, en su reputación, es un crimen que yo no podía tolerar... El amor que profeso a la moral y la simpatía que usted inspira, me han hecho dar este paso para advertirla que su novio de usted...

LUISA.—¿Qué?

DON PEDRO.—¡Es casado!... (*Pausa.*) Y ni se llama Pepe, ni García, ni es empleado, ni soltero, ni vive donde le ha hecho creer a usted...

LUISA.—¿Es cierto?

DON PEDRO.—Ahí tiene usted una tarjeta suya. (*Se la entrega.*)

LUISA.—(*Leyéndola.*) ¡Infame!

DON PEDRO.—(*Ofreciéndola nu papelillo encarnado.*) Y aquí tiene usted una butaca para la sección *vermouth* de Apolo... Si la acepta usted, podrá ver al infame de su novio, que está con su esposa allí...

LUISA.—(*Aturdida.*) Pero usted ¿con qué fin?...

DON PEDRO.—Con el de defender la moral y la honra de usted... No puede guiarme otro, porque, señorita, yo no engaño a nadie; soy casado... hace quince años...

LUISA.—(*Casi llorando de pena y de ira.*) Muchas gracias, caballero... (*Váse.*)

DON PEDRO.—De nada. Por la moral y por salvar la honra de usted...

ACTO SEGUNDO

LUISA.—(*Sorprendida al encontrarse en su camino como todos los días, a la misma hora, a don Pedro.*) ¡Hola, don Pedro! ¡Muy buenas noches tenga usted!

DON PEDRO.—Téngalas usted muy buenas, amiga mía.

LUISA.—¿Qué casualidad! Todas las noches nos encontramos aquí...

DON PEDRO.—Es mi paseo, y... ¿Qué? ¿Está usted más resignada? ¿Olvidó usted el desengaño?

LUISA.—Todas las noches, también, me pregunta usted lo mismo...

DON PEDRO.—Me daba mucha lástima...

LUISA.—Pues sí. Estoy curada del todo... ¡Ay! De qué peligro me salvó usted! Porque, yo, la verdad, estaba *chales* por él...

DON PEDRO.—Y ahora...

LUISA.—Como si no le hubiera conocido... ¡Ay! Créame usted: le estaré agradecida siempre, mientras viva...

DON PEDRO.—Era mi deber de amante de la moral.

LUISA.—¿Con qué le pagaría yo el servicio que usted me hizo?

DON PEDRO.—¿Usted? Es muy ingrata...

LUISA.—¿No? No, no... Dígame usted qué quiere de mí...

DON PEDRO.—(*Imperturbable.*) Lo que yo la salvé...

LUISA.—(*Como no comprendiendo.*) ¿El qué?

DON PEDRO.—Lo que el *otro* quería robarla...

LUISA.—Pero... usted... (*Estupefacta.*) ¿No es casado?

DON PEDRO.—Sí. Yo no engaño a nadie...

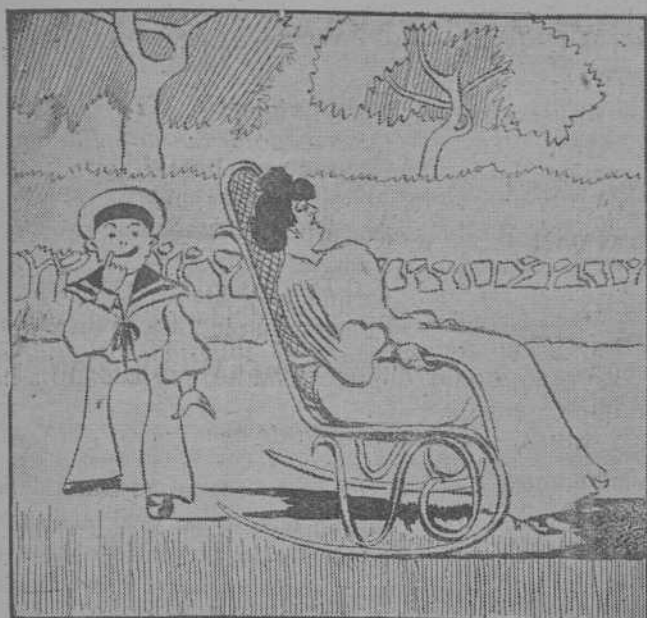
LUISA.—(*Indignada.*) Es verdad. El que se engaña es el que cree que es usted una persona decente...

DON PEDRO.—¿Qué dice usted?

LUISA.—Que es verdad... Que oyéndole no se engaña nadie... Ya sé yo lo que es usted. Un sinvergonzón más grande que la estación del Mediodía!...

El Bachiller CORCHUELO.

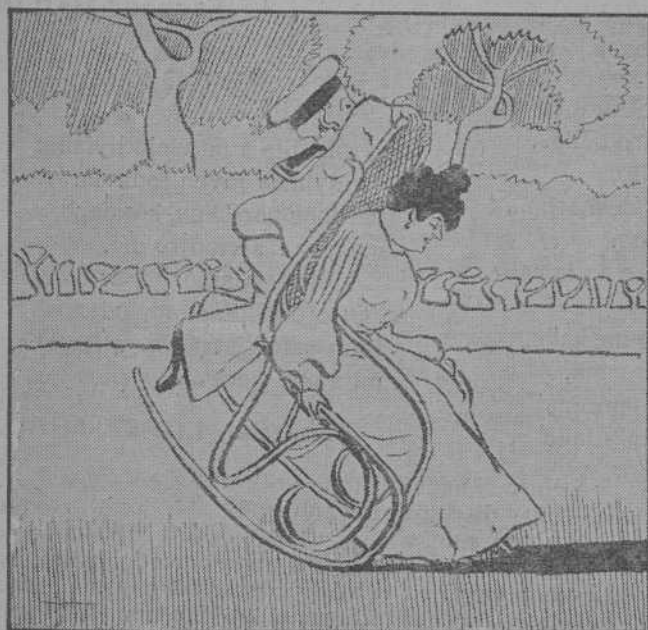
SIESTA INTERRUPTIDA, por Almoguera.



—Mamá duerme. . Verás que susto le doy.



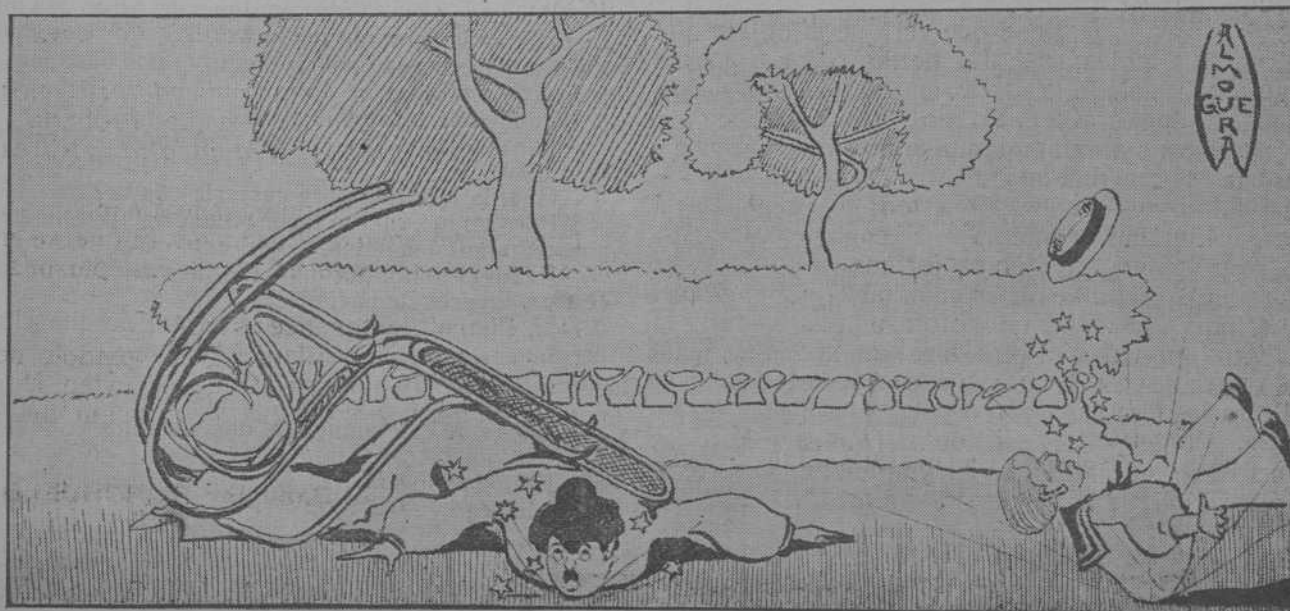
—Balance aquí...



—Balance allá...



—¡Ahora sí que voy a remontarme!



SEGUNDO NUMERO DE NUESTROS CONCURSOS

CANTURRIAS

Es el canto una corriente
tan saludable y hermosa,
que el dolor consigo arrastra,
si á nuestros labios asoma.

Cuando subo hasta los montes
me inspiro, arrobo y deleito;
es que el aire de las cumbres
lleva en sí chispas del Genio.

Mira cuán buena sería,
que al instante que murió:
en semillero de flores
su cadáver se trocó.

Si baños te recetaran
y al mar no pudieras ir,
forma un lago con mi sangre
que fluye solo por ti.

J M. BLAZQUEZ DE PEDRO

EPIGRAMA

De albañil era peón
un tal llamado Darío,
hombre de corazón frío,
pero, al fin, de corazón.

Ayudando á un compañero,
de su oficio, en las faenas,
dos capazas de cal llenas,
éste le volcó al primero.

Y no se enfadó, ¡al contrario!
dijo con tono jovial:

—Con Darío y con la cal
me transformo en Cal-en-Darío.

Fernando SALAZAR YESTE.

EL ROCE ENGENDRA EL CARIÑO

—Maldita mil veces sea la hora en que me casé contigo. Antes me hubiera muerto. Sea usted mujer de su casa, económica, fiel y honrada para esto: para que mientras yo me devano los sesos procurando hacer de una peseta cinco, este sinvergüenza se vaya por ahí de *juerga* con cuatro mujeres malas. Que eso lo haga un hombre soltero .. pase; pero que un sujeto canoso, respetable, al parecer, aunque en el fondo sea un granuja sin miramientos, ni conciencia, ni pundonor, ni...

—Nicasia, basta de indirectas, y déjame tomar el chocolate, ya que no con bizcochos, á lo menos con tranquilidad.

Echalo á broma, si te parece, hipócrita, que engañas con esa cara de santurrón. Lo que es que yo te conozco; ¡ojalá no te conociera!

—Vamos, mujer, cálmate y no seas celosa.

—¡Ay, qué graciosa! ¿Qué les parece á ustedes el seductor? ¡Como si se pudiera tener celos de un esperpento semejante!... Y con aquel lobanillo en la frente... ¡ja, ja, ja!

—Mira, Nicasia, no echas nada en cara, que en todas partes las cuecen. Si tú no tienes ningún lobanillo, en cambio tus pies parecen dos patatas nacidas, y váyase lo uno por lo otro.

—¡Hombre, me gusta! ¿Con que después de arrastrar por el suelo mi dignidad de esposa te atreves todavía á escarnecerme?

¡¡ADIOS, MORENA!!

Derrama perlas al suelo...
tu pelo.

Es hermosa y refulgente...
tu frente

Me tienen preso entre rejas...
tus cejas.

¡Niña! si acaso te alejas,
yo jamás te olvidaré
y en la memoria tendré
tu pelo, tu frente y cejas.

Me están dando mil enojos...
tus ojos.

Será causa de un desliz...
tu nariz.

Á quererte me provoca...
tu boca.

No seas ¡niña! tan loca,
vente á mi lado á sentar
y déjame contemplar
tus ojos, nariz y boca.

Es cual alabastro bello...
tu cuello.

Me tiene en amor deshecho...
tu pecho.

Me insulta siempre en la calle...
tu talle.

Donde quiera que me halle,
con alegría, ó con pena,
no podré olvidar ¡morena!
tu cuello, tu pecho y talle.

Por blanca besaré ufano...
tu mano.

Bonito y chico se ve...
tu pie.

Choca en rico piso al lodo
tu modo...

Por eso yo me acomodo
á amarte con frenesí,
porque me gusta de tí
tu mano, tu pie y tu... todo..

Tomás HILARIO ANDRÉS

Un joven enamorado va á depositar un telegrama, y al facilitarle el empleado lo necesario para escribirlo, exclama aquél con énfasis y profunda conxicción:

—¡¡Déjame hacer buena letra, que es pa mi suegro!!!

Facundo BAILÍN.

EPIGRAMA

Luz dijo á un viejo liviano:

— Soy muy joven todavía,
perdone por Dios, hermano,
mañana .. será otro día.

Y él respondió: ¡Por San Blas!
¿Otro día? ¡Estamos buenos!
Para usted, será *uno más*;
para mí... será *uno menos*.

Sebastián LOPEZ ARROJO

—Pero si has sido tú la...

—Esas disculpas llegan tarde.

—Empezaste, y...

—Si yo tengo siempre la culpa de todo: hasta de que tú me pongas en ridículo, haciendo cosas que ya no *pegan* en tu edad. Como si yo fuera un adhesivo, un trapo sucio, una cosa repugnante. ¡Cuando yo digo!...

—¡Ay, ay, ay! Si no fuera porque te conozco, acabaría por disgustarme; pero yo sé lo que tú buscas: un tierno beso de tu fiel esposo.

—¿Un beso tuyo? Estás equivocado, hijito. No quiero ensuciarme la cara con tus babas.

—Me parece que con cincuenta y dos años mal contados, todavía uno...

—Puede dar escándalos, ¿no?

—Pero mujer, no te lo digas tú todo. Déjame también hablar.

—Guarda la saliva para gastarla con la *otra*.

—Pero yo me vuelvo loco. ¿Qué otra? ¡Explicáte con cincuenta mil demonios, mujer, explicáte!

—Hazte el tonto; por más que, bien mirado, no lo necesitas. Lo eres de nacimiento.

—Sí, hija, sí, lo soy; tienes razón, porque si no lo fuera...

—¿Qué harías?

—¿Qué sé yo? A veces, aunque uno sea el hombre más bueno de este mundo, le dan unas intenciones...

—¿De qué? Acaba; no tengas miedo.

—No me comprometas, Nicasia. No despiertes al león de su letargo.

—¡Ay, qué gracioso! ¡Qué romántico! Ahora comprendo que tenga tanto *partido*.

—No me recuerdes el verbo partir, que me dan tentaciones de conjugarlo: yo te parto, tú...

—¡Ojalá! Así me gustas. Cuidado con el genio. Yo no sabía lo que tú eras. Pues, hombre, si eres tan valiente, acércate a mí; mujer soy, y aunque débil...

—¡Vaya una debilidad! Ciento siete kilos el mes pasado. Estás tísica en el último grado, desdichada.

—Eso es lo que tú quisieras; si tú no me matas de una sofocación, tienes Nicasia para rato.

—¡Ay!

—¿Lo sientes, eh? ¡Pero qué desgraciadísima soy! Había de ser con Lolita, la de Suárez. Esa sí que tiene el marido derecho, pero yo... Ojalá me hubiese casado con Leopoldo. Aquél sí que me quería. Y era mucho más guapo que tú. ¿He dicho *más* guapo? Pero si tú nunca lo has sido. Siempre me acuerdo de lo que me decían mis amigos. ¿Pero te vas a casar con ese escarabajo?

* * *

—Y sin embargo, te casaste. ¿Por qué no te raptaría el simpático Leopoldo?

—En eso se conoce que nunca me has querido. Verdad que, si me quisieras, no harías lo que haces.

—Pero ¿qué hago yo, con mil demonios? ¿Puedo ser más honrado que lo que soy? ¿Ni más trabajador, ni más económico?

—Alábate, que para algo no tienes abuela.

—Pero yo ¿qué hago, vuelvo a repetir? ¿No te entrego a fin de mes todo mi sueldo? ¿No me quedo todas las noches en casa, pretextando un catarro crónico, para no ir al café con mis amigos? Dime en lo que yo falto a mis deberes.

—¿Conque qué haces tú, eh? No puede llegar a más el cinismo y la hipocresía. El tener en el bolsillo o un retrato de mujer, metido con todo el cuidado en un sobre, es una cosa muy decente.

—¿Un retrato? Eso lo has soñado tú. Vamos a ver. ¿En qué chaqueta te lo encontraste?

—En la de cuadros. Y por más señas, que la muy... marrana te dió el retrato perfumado. Parece mentira que un hombre tan feo... Y lo tenías en el bolsillo interior, del lado del corazón. Cuando pienso que...

—Espera, espera... ¡Ah! Ya sé. ¡Ja, ja, ja! Ya sé. ¡Ja, ja!

—¡Qué desvergüenza! Esto sí que no lo sufro. ¿Conque te ríes y y confiesas? Pues espera, que voy a darte la absolución... *in articulo mortis*.

* * *

—Nicasia, déjame explicarme, y... no... me... zamarrées de esa manera, que...

—Granuja, pillo; ¿conque era verdad? Pues toma, toma y toma

—¡Nicasia! ¡Nicasia!! ¡Nicasia!!! Mira que hago una locura.

—Esta para que aprendas a tener vergüenza, ésta para que me respetes, ésta...

—Nicasia, te juro... Pero mujer, vuelve en ti... Nicasia, déjame explicarme... Nicasia, por piedad; no abuses de tu superioridad física.

—Anda. Ahora no te habrán quedado ganas de enamorarse. A ti te hacía falta una mujer como la de Suárez, y no yo, que paso por todas.

—No eres mujer; eres un demonio escapado del infierno; pero deja que...

—¿Volvemos a las andadas? Pues allá voy.

—No, mujer; si lo que yo quería decir era que la mujer de ese, de Suárez... pero déjame justificarme la falta que me atribuyes. Trae el retrato y verás.

—¿Yo tocar esa porquería? Si hasta de pensarlo se me sube la sangre a la cabeza.

—Pues entonces iré yo. (Si yo tuviera valor y tu fueras más débil, te acogotaba, arpía.)

* * *

—Ea; aquí tienes el retrato. Parece mentira que cieguen tanto los celos. ¿No ves que es una postal con la efigie de la Cleo de Merode? ¿No ves el nombre aquí abajo? ¿Ni te acuerdas que fué tu hermano Diego el que me la mandó, felicitándome cuando cumplí los cincuenta y uno? ¿Y que estuvo guardada mucho tiempo en la cómoda, junto a tus polvos de arroz? Si hubieras leído lo que está escrito por detrás, te habrías ahorrado un disgusto. ¿Ves? «Querido cuñado: Deseo que esta postal te encuentre bueno, en compañía de mi querida hermana, ese ángel que con su cariño...» etc., etc.

—La verdad es que yo no me había fijado en eso.

—Ya ves que has procedido con bastante ligereza (de manos sobre todo). ¡Ea, pídemme perdón, y pelillos a la mar!

—¿Yo rebajarme hasta ese punto? Estás equivocado.

—Pues entonces dame un beso en la frente.

—Déjate de ternezas, y vete, que ya es hora.

—Lo malo es que con esta cara... Y ya llego tarde. Adiós, celosilla. A ver si luego te se ha pasado el coraje.

* * *

—¿Qué horas de venir son estas, señor mío?

—Dispense usted, don Anastasio: un caso de *fuerza mayor*.

A. Aguilera del PINO.

LOS ELEGANTES



La flor del repollo en Cuenca.



Una de las escenas principales de la obra *Alma de Dios*, que se representa en el Teatro Cómico.

TRAMOYA TEATRAL

No ha sido escasa la semana en acontecimientos.

Primeramente *El amor vela*, arreglo de Antonio Palomero, señaló un triunfo.

De Flers y Caivaillac escribieron el original con menos acierto que Palomero la traducción.

La obra se halla completamente desfigurada, pues el autor español añadió escenas y compuso pasajes, que dan grato relieve a *El amor vela*.

El ingenio de Palomero, su manera de ver la hermenéutica de telón adentro, le han proporcionado nuevo éxito, que celebro como amante cariñoso de la señora Talía.

Los artistas de la Comedia, especialmente la señorita Pérez de Vargas y Mendiguchía, sacan gran partido de sus facultades, personalizando graciosamente el rico *vau-deville* servido a lo Palomero castizo.

*
**

Y vamos al estreno de *La mentira del amor* en el Español, para beneficio de Rosario Pino.

Manuel Bueno y Ricardo J. Catarineu son dos consagrados de las letras, y la noche del miércoles revalidaron su fama de creadores del lenguaje.

El primer acto es de expectación. Herrera, veraneante, sigue la pista a Irene, que se enamora perdidamente del ya maduro conquistador.

En el segundo, resulta Herrera casado. La familia lo arroja de la casa; pero la joven, loca de pasión, sigue al burlador.

Hay realismo, hay humanidad, hay atrevimiento de idea.

La jornada siguiente es peligrosa. La hermana de Irene llega dispuesta a llevársela, y le mienta la madre enferma. Pudo suprimirse. Vence el amor, y Herrera y su adorada viven juntos.

El público sigue interesado en la valentía del pensamiento que se desarrolla, y cuando el epílogo la destruye, vulgarizando la conclusión, que se reduce al cansancio y al abandono de Herrera, sentimos que Bueno y Catarineu no llevarán a otro terreno el punto inicial.

Las mamás de los palcos, que se hallaban escandalizadas de la hija que huye del hogar, se dieron por satisfechas al ver el pago que da Herrera a la muchacha.

Y, sin embargo, es más inmoral la crueldad del desvío, después de la deshonra, que el acto de llevarse a la mujer de sus ensueños, aun no siendo libre.

La interpretación, admirable.

El *camerino* de Rosario se vió atestado de flores.

El telón se alzó varias veces en honor de los actores y de Manuel Bueno, que se presentó a escena.



Loreto Prado, en *Alma de Dios*.



Enrique Chicote, en *Alma de Dios*.

Después de *La mentira del amor*, representóse el enfrentamiento de los Quintero *A la luz de la luna*.

Es un cuadro ingeniosamente trazado de dos que descarrilan, se encuentran en el bosque próximo, y, á la media docena de palabras, él y ella se hablan de tú. La ocasión les hace confidentes y acaban por amarse. Pero para conservar puro el cariño y eternamente grabado el recuerdo de la entrevista, acuerdan no verse ya nunca...

Los Quintero recibieron palmadas y bravos.

*
* *

Se ha aplazado hasta la semana próxima el estreno en la Zarzuela de *Cartas baturras*, original, el libro, de nuestro querido compañero de redacción *El Bachiller Corchuelo* y de Santiago Oria, distinguido periodista

JUAN JOSÉ

REVERENCIA

(Parte extraída de un infolio que piensa verter á los Eolos azules el subinstelectualante y grisáceo poeta, no del todo comprendido, Don Hermerindo Mochales. Esta extracción, tomada del zaguán del libro, está dedicada por Mochales al divino poeta americano Rubén Darío, con motivo del descoyuntamiento del yugo matrimonial que pesaba sobre su alma. Pueden darse también por aludidas todas las pálidas princesas y todos los cisnes arrullantes que existan por el mundo.)

El Maestro rompe el yugo,
el Maestro se divorcia;
el Maestro al desligarse de su glauca compañera
¡estará como en la gloria!

¡Salve, salve, oh cantor crepusculino
de princesas y de cisnes que se duermen con los sonos
delicados y argentinos de tu lira diamantina,
de tu lira diamantina, de tu lira de colores!

Las vestales azuladas que en los bosques más umbríos
las endechas del nenúfar se dedican á escuchar,
¡cuánta, cuánta, cuánta, cuánta
alegría recibirán!

Porque tú, cantor divino, sin tener quien te distraiga,
sin tener ningún espíritu que te llame la atención,
¡cantarás á las vestales, á las ninfas y á las flores,
á las ninfas y á las flores que Natura derramó!

Y las hadas refulgentes, carminadas y opalinas,
las de finas tocas grises, las de líneas incoloras;
las que el Eter van regando con efluvios salutíferos,
cual libélulas errantes, delicadas, vaporosas,

han de oír por los espacios donde reinan los ensueños,
os ensueños ignorados, los ensueños de las almas,

En Barcelona.

Nuestro corresponsal *El Lacayo Tosilos* nos comunica detalles de los estrenos de *La Presentalla*, drama en tres actos, de Apeles Mestres, y de *La reina vella*, drama también en un acto y tres cuadros, con letra de Guimerá y música del ilustre compositor Morera.

El retraso con que han llegado á nuestras manos las noticias de ambos estrenos, verificados, respectivamente, en los teatros Romea y principal, no nos permite consignar más que han sido dos éxitos completos. En honor á la verdad, confesaremos que el drama de Guimerá y Morera obtuvo un éxito mucho mayor.

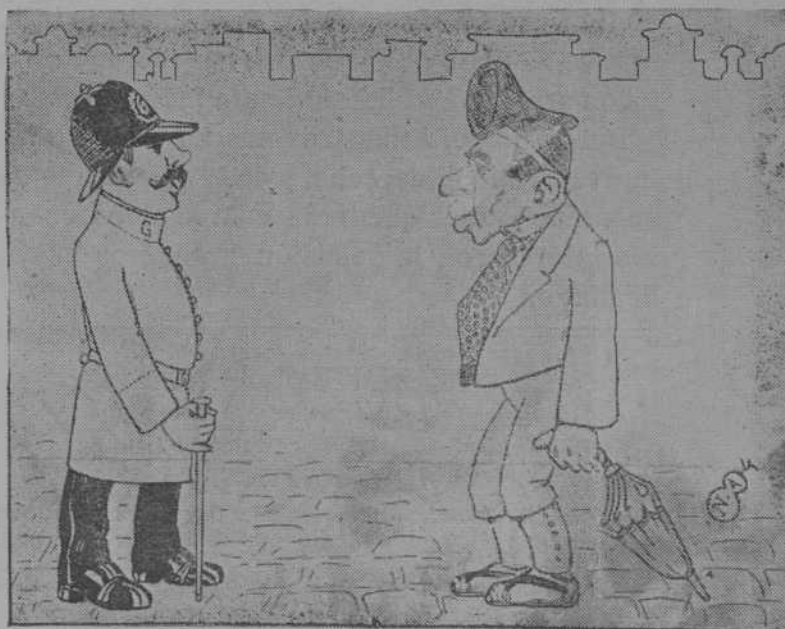
En Valencia.

En Apolo se verificó con gran éxito el estreno de *Celosos*, zarzuela de Cantó y Parellada y el maestro Barreda, quienes fueron á la ciudad del Turia con tal objeto.

¡tus canciones misteriosas, tus canciones adorables,
tus canciones adorables, tus canciones siempre gratas,
tus canciones, tus canciones, tus canciones siempre
[tenues;
tus canciones, tus canciones, tus canciones aromáticas;
tus canciones deletéreas
que mil pétalos escancian;
tus canciones que desprenden savia y vida,
vida y savia;
tus canciones siempre suaves
que nos llenan de recuerdos y nos llenan de nostalgia;
tus canciones cristalinas, tus canciones esplendentes,
¡tus canciones esplendentes y eutrapélicas, que encantan:
tus canciones, tus canciones!...
(¡¡¡que son agua de borrajas!!!)

Por la copia de... tantos disparates,

Francisco MOYA Y RICO.



— Señor Arrow: ma parese ostet un poquito dulsón, una aspesie de Arrow con leche.

NUESTROS CONCURSOS

Al entrar en el segundo año de su publicación, FLORES CORDIALES quiere demostrar que sabe corresponder al favor que la gran masa social le dispensa, y sin bombos ni reclamos introducirá las mejoras propias de su desarrollo progresivo, con arreglo á las exigencias de la moderna estructura editorial.

Entre las modificaciones propuestas, comenzamos por estimular más positivamente que hasta hoy las inteligencias, abriendo tres concursos al mismo tiempo, bajo las siguientes condiciones:

1.^a Se abre un concurso de trabajos literarios de género festivo, galante, cómico ó de pura fantasía, siempre dentro del círculo de la decencia. Los artículos no deberán exceder de ocho cuartillas.

2.^a Se abre otro concurso de dibujos del mismo corte á que anteriormente nos referimos para plana completa, pudiendo ser estos de mancha ó de línea, historietas ó asuntos aislados.

3.^a Se abre un tercer concurso de epigramas, anécdotas, chascarrillos, sucedidos y composiciones libres, que no habrán de pasar de sesenta palabras

4.^a Durante doce números consecutivos iremos insertando, en seccion aparte, aquellos envíos que consideremos aceptables.

5.^a No constituimos jurado especial que califique las producciones, ya que no siempre las personas, por

respetabilidad que tengan, pueden sustraerse á la recomendación. El juez será la opinión, y á su fallo nos atenderemos para otorgar los premios. De suerte que, al cerrarse el concurso, esperaremos durante dos semanas el juicio de los lectores respecto á los trabajos publicados que merezcan la retribución que establecemos

6.^a Pagaremos:

Por el trabajo literario de la condición 1.^a que resulte elegido por sufragio popular, CIENTO CINCUENTA PESETAS.

Por el de la condición 2.^a, que también merezca mayoría de pareceres, igual cantidad.

Por la mejor composición poética ajustada á los cánones del periódico, y á que se refiere la condición 3.^a, CINCUENTA PESETAS.

Por cada anécdota, epigrama, etc., de tres que deberán votarse, VEINTICINCO PESETAS.

Advertencias.

No contestaremos ninguna petición ó consulta sobre los trabajos que recibamos.

Los originales que no vean la luz estarán en esta Redacción á disposición de sus autores hasta quince días después de cerrado el concurso.

Los de provincias acompañarán al pedido el franqueo correspondiente.

Cúidense de consignar á la cabeza de cada trabajo: «Para el concurso».

Los trabajos serán originales é inéditos.

INTERESANTE

A todos los que han solicitado relojes de los que se anuncian en la última plana, debemos advertirles que siendo tan extraordinario el pedido que ha recibido la casa constructora, esta se ha visto obligada á establecer un turno y con arreglo á él irá sirviendo las remesas.

Desde luego, á nuestros suscriptores se les ha reservado el derecho, y en el transcurso de seis ú ocho días quedarán complacidos cuantos interesaron la remisión y cuantos vayan llegando.

BUZON

E. M.—Madrid.—Los cantares tienen bien poca originalidad y son, además, excesivamente tristes.

J. M.—Barcelona.—Está bien el soneto, pero no es publicable; á poco que reflexione, comprenderá por qué.

Jorgeillo.—Murcia.

Cierta noche, que sin tino
Yo por las calles bagava...

Un cuento que empieza así, tiene que acabar mal por fuerza.

Las noticias de esos teatros le interesarán mucho á La Cierva y Canalejas, sus empresarios de honor; á ellos y á sus partidarios de la localidad. Usted debe seguir al primero, cuando tan bravamente *cierra* contra la Ortografía.

M. F. A.—Granada.—Coralíneos labios, carmíneas mejillas, rojo clavel... y tinta encarnada. Todo lo veo de color de sangre; es usted terrible, joven. Escriba con tinta ordinaria, á ver si le salen los artículos menos subidos de color.

Cachano.—Jetafe.—Bueno, señor *Cachano*, espere usted á que se le llame con las dos consabidas tejas.

A. P.—Madrid.—No le publico sus versos porque estoy «seguro que ninguno ha de extasiarse al leerlos».

Helios.—Lo suyo está al caer. Tenga paciencia, que todo se andará. Hay original para todo lo que queda de año.

Pseudónimo.—Madrid.—Siento mucho que no haya podido arreglar «El milagro», porque en esa forma no es publicable. Haga algo nuevo.

A. D. L.—Cuenca.—Me es absolutamente imposible escribir á nadie en carta particular. Necesitaría una docena de secretarios. Esta sección tiene por objeto atender á todos.

Esculapio.—Madrid.—Su precioso trabajo se publicará en seguida.

J. G.—Córdoba.—No me es posible contestar á nadie en carta particular. Si algo de usted tengo en cartera, ya lo verá publicado. Esa opinión que me pide, nada vale; mas, para que no me tache de descortés, he de

decirle que, desde luego, es buena, y de ello tiene pruebas fehacientes. Las cubiertas las considerábamos, en los primeros números, como hoy la actual plana de inéditos...

C. R. C.—El Rubio.—Muy bien escrito, pero aquí no encaja. Haga otra cosa menos profesional. Ya ve el carácter del semanario.

F. B.—Madrid.—Ni aun haciendo una excepción hubiera podido complacer á usted. Vea de hacer el arreglo con calma, estudiando lo que confiesa no haber estudiado nunca. El componer *de oído* es imposible sin incurrir en graves incorrecciones. De ellas hay buen golpe en su último envío. Debe evitarlas, así como el caer del lado á que se inclina, confundiendo lo gracioso con lo pornográfico.

C. B.—Madrid.—Las seguidillas están hechas con soltura, pero carecen de interés. Haga algo de más empeño.

Fra-Vergas.—Fuentidueña.—Veré de colarlo, echándole medias suelas, por más que el cuentecito es viejo de veras.

Maclasa.—Zaragoza.—Irá el chascarrillo en lugar á propósito.

M. M. G.—Madrid.—Diciendo *te afana* por afánate no le doy el permiso que solicita: ¡ó arregla usted el soneto, ó lo ejecuto moral y literariamente!

Don Cualquiera.—Han debido deslizarse errores de copia; convendría, pues, que al mandar la firma remitiese otra hecha con cuidado. Venga.

Miramamolín I.—Segovia.—Dice usted: «haga y deshaga á su gusto»; y yo *deshago* el epigrama que le *salíó* á usted por casualidad en un momento de inspiración sicalptica.

A. B.—Madrid.—Ya he dicho en todos los tonos que de cosas de chulos no gustamos aquí. Lo otro, muy poco original. Haga algo para el concurso.

A. Y. G.—Vitoria.—Ese pajarito con cuerpo de *gro* lo llevará Juana en el sombrero porque es un pájaro de imitación. Hay que ser menos infeliz.

Currito.—Sus romances tienen grandes incorrecciones, pero no son desatinados. Cuide más la forma y le haré un hueco.

Teótimo.—Madrid.—No, amado joven, no sirve; es excesivamente largo. Una preguntilla: ¿tiene usted algún resentimiento con la Ortografía? ¡Como la trata usted tan mal!

Athon.—Toledo.—Me ha costado un trabajo indecible leer su carta; al pronto, la creí escrita en aljamiado Enterado, por fin, de ella, no sin grandes apuros, y de sus *delirios*, le recomiendo que se cuide, porque por ese camino al *Nuncio* se va solito.

Marco Livio. Córdoba.—Su trabajo será todo lo humilde que usted quiera, pero *pequeño* ¡un demonio! Y tanta prosa para concluir diciéndonos que la luna se sonreía... de la inocencia de «En lo obscuro.»

Mirdau.—Sevilla.—Hombre, esa «Epístola» es más insípida que la de San Pablo.

R. P.—Madrid.—Ambos trabajos tienen algunos inexcusables defectos de forma y atrevimientos del peor gusto. Vea de corregir ambas cosas.

Los hermanos The-jhe-ringo.—Son dos socios que, á pesar de lo guasón del mote, escriben cosas tristes, capaces de *jhe-ringar* á cualquiera. Alégrese los hermanitos *chinescos*.

Martín-Gala.—Málaga.—Le contesté ya. No aprovecho lo nuevo del envío. El *canto del duro* se ha convertido en canto llano; no hay currinche que no haya hecho chistes á su costa.

Melquiades.—Coria.—Debe usted ser muy próximo pariente del insigne bobo.

Casimiro el que la estiró.—¡Rediez con el motecito Regáleselo á un novillero. «Pellizcos» tienen algo; pero hace falta más.

R. M. Z.—Vitoria.—Veré de publicar su cuentecillo baturro.

ROLANDO

MINGOTE

MAYOR, 88, ENTRESUELO

Sastrería militar y de paisano.—Trajes de etiqueta.—
Confección esmerada y gran economía.

ENVIOS A PROVINCIAS

MUNILLA, dentista.

Operaciones absolutamente *indoloras* con la administración del *Somnoformo*. Consulta, de 9 mañana á 6 tarde.

DESENGAÑO, 10 TRIPLICADO

Anuncios económicos por palabras.

Cada quince palabras una peseta; cada palabra más, diez céntimos.

Cirujano callista. E. León, Carretas, 7. Consultas de 2 á 6.

Preservativos de seda pura, garantizados, contra el contagio venéreo, únicamente en LA MASCOTA, Gato, 4.

Recomendamos por sus precios y novedades, la joyería de M. González. Monterá, 22.

Postales. El más extenso y variado surtido, lo encontrarán siempre en esta casa, habiéndose recibido nuevos modelos en artistas, coupletistas, niños, parejas amorosas, etc. En fantasías, esta casa es la primera de España. José Campos, Silva, 35, Madrid. Ventas sólo por mayor. Catálogo gratis.

Tronco de yeguas normandas se vende. Noticias en la Administración de este periódico.

Dinero todo su valor por alhajas, encajes, abanicos antiguos, muebles y papeletas del Monte de Piedad. Es la casa que más paga, San Bernardo, 52, pral. (esquina á la calle del Pez).

Gran novedad. Pronto veréis los fonógrafos, asombro del mundo, construídos por una casa alemana á precios casi de balde y á plazos. No compréis ninguno; esperad á que vengan.

Tengo dolo. Alma rota. Imposible vida. Jueves irá.—
Polo.

¡¡ LEED ¡¡



Relojes de pared, procedentes de liquidación de una gran fábrica que se retira del negocio.

CUATRO PESETAS

QUINCUENTA CÉNTIMOS

á nuestros suscriptores.
Envío á provincias, una peseta más.

Marcha perfecta.

Ganga por poco tiempo.